

Jueves, 28 de marzo 2019

**Discurso emitido en la presentación del
“Fondo Documental Jorge Salvador Lara”**

Raúl Pérez Torres

Hoy es una noche de encuentro. El amor y el trabajo de un hombre por su país hace que nuestro accionar tenga sentido. Contar con el Fondo Documental Jorge Salvador Lara es un proceso que concluye luego de casi cuatro años, en el que su familia ha jugado un rol fundamental. Mi reconocimiento a su constancia pero sobre todo a la decisión de compartir el legado de su padre con la sociedad ecuatoriana.

Desde el Ministerio de Cultura y Patrimonio trabajamos “en la construcción colectiva de la identidad mediante la resignificación de los hechos y vivencias”, es por ello nuestra intervención en el rescate de fuentes documentales y patrimoniales.

La Subsecretaria de Memoria Social del Ministerio de Cultura y Patrimonio levantó todo un proceso técnico descriptivo que permitió la catalogación de 25 mil documentos que son parte de este Fondo Documental que ahora está disponible en nuestra página web y que sobre todo será de gran valor para las futuras investigaciones que se levanten sobre la memoria histórica de nuestro país.

Pero hablar de Jorge Salvador Lara, de su sensibilidad y su esencia, para quienes lo conocimos es otro cantar.

Uno de los hechos más importantes que me han sucedido, ha sido aquel de poder conocerle a Jorge Salvador Lara, conocerle y disfrutar de su sabiduría,

de su palabra, de su amistad que lo regaba todo, como cuando una lluvia fina y pródiga riega el jardín de nuestra casa.

Jorge Salvador, con su pensamiento ha hecho de todo, de Canciller y de Maestro, de historiador y de lingüista. ¿Quién no lo ha llamado? ¿Quién no ha querido gozar de su humanismo y de su cordialidad: la Casa de la Cultura Ecuatoriana, la Academia de la Lengua, el Instituto de Cultura Hispánica, la Academia de Historia, la UNESCO, Naciones Unidas, Ginebra, New York, América Latina.

Nosotros con Patricio Herrera, Director de Publicaciones de la Casa de la Cultura y también en ese tiempo, de la Universidad Alfredo Pérez Guerrero, mi tío, íbamos con cualquier pretexto a visitarle en su bella biblioteca de Cronista de la Ciudad, íbamos a aprender cómo tiene que ser un ser humano, íbamos a enriquecernos de su pensamiento digno, profundo, generoso, de su presencia que nos entregaba tanta fe y tanta seguridad.

Alguna vez, con Patricio, inquietos por las actividades que debíamos desarrollar en la presentación de los libros de la Colección Educación y Libertad, ensayos sobre el pensamiento ecuatoriano, con mucho cariño y respeto conversamos con él para que nos diera luces. Teníamos los libros listos, más de diez, Isaac Barrera, José Peralta, Remigio Crespo Toral, Marco Vinicio Rueda, Isaac Barrera, Juan Montalvo, Luis Romo Saltos, el propio Jorge Salvador, y un largo etc. Que auspiciaba la Universidad Pérez Guerrero, cuyo Rector Jorge Enríquez Páez, secundaba nuestras locuras. Teníamos listo también el local, FLACSO, y los invitados. Lo que no teníamos era presentadores para cada uno de los libros. Queríamos que él nos aconsejara, que nos diera nombres de expertos, de especialistas en esos autores, pero al ver nuestra desazón nos dijo serenamente: “No se preocupen, yo los presento todos”. Nos quedamos con la boca abierta. Porque quizá uno de nosotros podía decir algo de Montalvo o de Peralta, pero no de Luis Romo Saltos o de Jaime Chávez Granja. Peor de todos.

Fue la noche más esplendorosa. Allí estuvieron también sus hijos y sus familiares que no podían perderse ese derroche de sabiduría. Quizá duró una hora, una hora deliciosa en que Jorge Salvador pasó revista no solamente por cada uno de los escritores de la colección sino por todo el pensamiento

ecuatoriano, de izquierda y de derecha, porque mientras yo más le conocía más comprendía ese punto de vista totalizador, que buscaba la justicia y la igualdad. Un singular conservador de extrema izquierda.

Las personas profundas, las que dejan huella en el corazón y la cabeza, no se van ni con la muerte. Por eso saludo con profundo cariño y respeto, aquí y ahora, a Jorge Salvador Lara, sentado y sonreído entre nosotros.